

VOCAACION



Joaquín M.^a García de Dios, S. I.

ASI puede concluir el diálogo de un alma con Dios en unos ejercicios espirituales. El hallazgo se ha verificado en un clima exclusivamente sobrenatural y la afirmación se hace serenamente, con el alma llena de paz y quietud. La solución la ha dado Dios. Es definitiva (1).

También concluye a veces así el diálogo de un joven con su director espiritual. El asunto se ha tratado prolijamente y un día el director llega a una conclusión con garantías. Si el joven es un temperamento primario pronunciará el veredicto con el alegre desahogo del que sabe algo definitivo sobre su porvenir. Un temperamento secundario aceptará la solución con algo de pena. Siempre el que elige tiene que abandonar alguna de las posibilidades.

A veces el "Yo no tengo vocación" se formula antes de todo diálogo. En realidad Dios lo está buscando con mociones frecuentes y llamadas al alma: deseos insistentes, luces inesperadas, remordimientos que hacen incómoda la

postura espiritual en que uno vive... El alma no quiere dialogar. Ante la insistencia de las llamadas de Dios opone únicamente la fórmula escueta: "Yo no tengo vocación". En realidad no hay paz en el alma. No hay seguridad. La fórmula se repite insistentemente a ver si una mera repetición automática de las palabras engendra el convencimiento o al menos ahoga el rumor de Dios que ronda al alma. No se puede decir: "Dios no me deja en paz". Hay que decir: "Yo no quiero buscar mi paz".

Por fin hay un cuarto "Yo no tengo vocación" que a veces quiere decir "Yo ya no tengo vocación", y que es el final de un diálogo con la propia debilidad o con la propia cobardía. Se ha perdido la partida. Es el joven que en un verano disipado ha malogrado varios años de intenso cultivo espiritual y de una persuasión íntima y sin niebla de que su vida era la vocación religiosa o sacerdotal. A veces es el religioso que se ha cansado de su tibieza en la religión y... abandona (2).

Todavía quedaría una quinta hipótesis en la que no hay ni diálogo ni formulación alguna. Son los que viven su-

(1) SAN IGNACIO, *Ejercicios*. 2.^a semana. Tres tiempos para elección.

mergidos en el materialismo. Su vida consciente es ya casi sólo sensitiva y no llegan a aflorar al mundo de lo espiritual. No dialogan consigo mismos. Mucho menos con Dios. Si Dios dejó caer en su campo la semilla de la vocación sacerdotal o religiosa, al crecer las espigas la ahogaron antes de que se hiciesen sentir (3).

Y sin embargo, *todos* los cristianos tienen una maravillosa vocación. “Os llamó —Dios— de las tinieblas a su admirable luz” (4).

Y los apóstoles en sus cartas van concretando en qué consiste esta maravillosa elección. “Fiel es Dios por el que fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo Nuestro Señor” (5). Es la integración del cristiano en el cuerpo místico de Cristo. Por esa integración nos viene la filiación divina que, por Jesucristo cabeza, se concede a todo el cuerpo místico. Por esta Comunión con Cristo participamos de la vida divina y de algún modo verdadero (¡es admirable!) de la vida Trinitaria. Cristo, Segunda Persona, en quien hemos sido todos incorporados, ha vuelto a la gloria del Padre con todo lo que es suyo, su Cuerpo Místico. Por creer en la “luz que vino a las tinieblas”, “se nos dió la potestad de llegar a ser Hijos de Dios” (6).

Y todavía otra consecuencia: como hijos de Dios, herederos de su reino (7). Y por eso el mismo S. Pablo expone la vocación de todo cristiano al reino de Dios con estas palabras: “Os conjurábamos a que camináseis de una manera digna de Dios que os llama a

(2) Ahora sólo subrayamos la postura. En términos teológicos ¿podrá afirmarse alguna vez con verdad «Yo ya no tengo vocación»? De otra manera: ¿podrá Dios llamar a uno al estado religioso o sacerdotal y más adelante, por la mala correspondencia del elegido, retirarle la vocación? ¿O habrá que interpretar todos los casos de abandono como una llamada divina continuada y sin respuesta?

(3) Mateo, 13, 7.

(4) I, Pedro, 2, 9.

(5) I, Corintios, 1, 9.

(6) I, Juan, 1, 10-12.

(7) Romanos 8, 17.

su reino y gloria” (8). Somos, por esta vocación a la gloria, herederos de un reino sin fin.

Naturalmente que esta vocación general de todo cristiano, en cada uno se realiza a través de una vocación más particular. Así lo dice el mismo S. Pablo: “Cada cual en la vocación en que fué llamado, en ésta permanezca” (9). Precisamente por esta diversidad de vocaciones particulares va conduciendo providencialmente Dios nuestro Señor la marcha de la historia. A unos los llama al sacerdocio o estado religioso, dándoles las cualidades necesarias para ese estado y una inclinación o rectitud de intención sincera al pretenderlo. En el momento en que la jerarquía, viéndoles con estas condiciones, los acepta, su vocación queda garantizada (10). A otros los elige para distintos puestos dentro del estado seglar. Siempre haciendo sentir esta vocación específica interna que hacia ella sienten.

Todos los hombres tienen su vocación. Cada cristiano es una piedrecita del difícil mosaico que Dios construye al gobernar la historia humana. El mosaico aparece con frecuencia a nuestra vista muy revuelto. ¿Cuántas piedrecitas se dejan colocar en el puesto al que evidentemente debieran adaptarse?

En concreto, para la mayoría de los que no son llamados al sacerdocio o a la religión, el matrimonio será su forma de vida particular. Al pensar en la vocación al matrimonio no puede uno menos de recordar las palabras de San Pedro: “Vosotros sois real sacerdocio” (11). Este es el sacramento en el que los contrayentes son los verdaderos ministros del mismo. Con un poder que bien se puede llamar sacerdotal, los dos contrayentes se administran la gracia sacramental del matrimonio.

El matrimonio, visto a la luz de la doctrina del Cuerpo Místico, aparece

(8) I Tesalonicenses, 2, 12.

(9) I Corintios, 7, 20.

(10) Cfr. L. SEMPE, «Vocation», D. Th. C., XV, 2.º, col. 3148-3181.

(11) I, Pedro, 2, 9.

como una realidad maravillosa. Copio a HUGO RAHNER: "Su más profunda esencia —la del matrimonio—: ser signo sensible de aquella gracia invisible que capacita a dos seres para colaborar en la edificación del Cuerpo Místico" (12).

Esto se hace precisamente en aquel momento, por tantos conceptos misteriosos, en que los padres concurren con el Creador en la formación del nuevo ser. "La nueva vida engendrada por el matrimonio prepara la materia visible en que se realiza el milagro invisible del renacimiento e incorporación al Cuerpo Místico" (13). Comienza en el tiempo una vida material destinada a una duración eterna y a una elevación sobrenatural.

Tal vez en donde podamos ver mejor reunidas y como en compendio todas las excelencias del matrimonio sea en el párrafo siguiente: "Cuando dos bautizados se unen en el sacramento del matrimonio para la procreación de una nueva vida; cuando con real y sacerdotal poder se administran este signo místico preñado de gracia, santificando así en Cristo el origen de la procreación, lo hacen sólo porque su propia carne y sangre, las que todavía descansan en el oculto seno de su fuerza genérica, es aquella misma carne de la que confesamos: creo en la resurrección de la carne" (14).

Hacer que comience una vida que va a ser divina y sin fin, formar una carne que va a ser gloriosa y eterna, hacer que el Cuerpo Místico crezca y se desarrolle. Esta es la vocación de los llamados al matrimonio. ¡Qué sentido más pleno adquieren ahora aquellas palabras de San Pablo: "*Que no nos llamó Dios para la impureza sino para vivir en santidad*"! (15).

Aun sin salirnos de este marco de la vocación general que tienen todos

los cristianos, tenemos que subrayar el llamamiento que hace Jesucristo a todos a la perfección en la caridad. Ha hablado, en el maravilloso sermón de la montaña, del amor al prójimo, exigiendo incluso el perdón y el amor para los enemigos. Y recapitulando toda su doctrina sobre esta materia, añade: "Seréis, pues, vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto" (16). Ese Padre celestial que hace salir el sol sobre malos y buenos y llueve sobre justos e injustos. Así tiene que ser todo cristiano.

Y es precisamente la perfección en la caridad de los cristianos la que ha de servir de testimonio evangelizador ante los infieles: "En esto conocerán que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros" (17).

Todavía queda otro aspecto más católico en la vocación de todo cristiano. Esta vida maravillosa y santa del cristiano la quiere Dios para toda la humanidad. "Hagamos la redención del género humano" (18). "Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad" (19). Pero este conocimiento de la verdad sólo les ha de venir por la predicación (20). "¿Y cómo van a oír la predicación si no se les envían predicadores?" (21). Y como conclusión del arrebatado raciocinio de San Pablo tendríamos que poner las palabras de Cristo: "Rogad, pues, al Señor de las mies que envíe obreros a sus mies" (22). Vocación a la oración misionera. Vocación obligatoria y apostólica en sí misma.

Y San Ignacio, en la admirable exposición del Rey Temporal, considera a todos los cristianos, que tengan juicio y razón, obligados a ofrecer todas sus personas al trabajo. Y el trabajo es la empresa de Cristo: "Mi voluntad es de

(12) RAHNER HUGO: *Teología de la predicación*, pág. 248. Ed. Plantín. Buenos Aires 1950.

(13) o. c. pág. 249.

(14) o. c. pág. 253.

(15) I Thesalonicenses, 4, 7.

(16) Mateo, 5, 48.

(17) Juan, 13, 35.

(18) SAN IGNACIO, *Ejercicios*. Segunda semana. Contemplación de la Encarnación.

(19) I Timoteo, 2, 4.

(20) Romanos, 10, 17.

(21) Romanos, 10, 14.

(22) Mateo, 9, 38.

conquistar todo el mundo y todos los enemigos y así entrar en la gloria de mi Padre" (23). Esta es la vocación para todos los cristianos. Y el modo de realizarla: "Por tanto, quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena también me siga en la gloria" (24).

Es la vocación al apostolado uniendo los propios trabajos a los sufrimientos redentores de Jesucristo. También esta vocación deriva de nuestra inserción en Cristo como miembros de su Cuerpo Místico. Y precisamente tenemos que completar en nosotros, como miembros, lo que falta a la pasión de Cristo usando la fórmula paulina (25). La realización práctica de esta vocación es el Apostolado de la Oración. En su ofrecimiento diario subraya precisamente este aspecto.

Al final de nuestro diálogo resulta verdaderamente difícil volver a pronunciar con un contenido real el "Yo

no tengo vocación". Aun en el supuesto de que uno no tenga la vocación específica para el sacerdocio o el estado religioso (cosa que no se puede afirmar a priori de nadie sino que hay que examinarlo delante de Dios) (26), todo cristiano, por el mero hecho de serlo, tiene una vocación a la vida en Cristo que presenta todos estos matices:

- Vocación a la vida divina
- a la gloria
- a un real sacerdocio en el matrimonio
- a la perfección en la caridad, haciendo de ella un testimonio
- a la oración misionera y
- a la corredención del género humano uniendo nuestros trabajos y sufrimientos a los dolores redentores de nuestra Cabeza.

Esta es la admirable luz a la que hemos sido llamados desde las tinieblas.

(26) ¿Son muchos los que desoyen el llamamiento especial al sacerdocio o a la religión? Esto podría ya ser tema de otro diálogo. Una sencilla argumentación nos hace pensar que si Dios quiere que todos se salven, y si para eso es necesario que haya misioneros —y ambas verdades las proclama claramente San Pablo— Dios llamará a muchos para que realicen esta empresa. ¿Cómo son tan claramente insuficientes los misioneros? O porque muchos oyen la voz de Dios y no quieren seguirla o porque no rogamos todos con la debida fe e insistencia al Señor de la mies que envíe obreros a su mies.

(23) SAN IGNACIO, *Ejercicios*. Segunda semana. Rey Temporal.

(24) *Ibidem*. Merece la pena destacarse el avance que da San Ignacio respecto a San Juan Climaco. Este tiene un texto bien parecido al de los Ejercicios. La diferencia está en que San Juan Climaco ve en esta paráfrasis la vocación religiosa o sacerdotal, mientras que S. Ignacio, una llamada a todo cristiano que tenga juicio y razón. Para el texto de S. JUAN CLIMACO, cfr. PG, t. LXXXVIII, col. 641.

(25) Colosenses, 1, 24.

